

LAS IDEAS POLÍTICAS EN EL RENACIMIENTO.

MAQUIAVELO: ENTRE EL ABSOLUTISMO Y EL REPUBLICANISMO

THE POLITICAL IDEAS IN THE RENASCENT.

MACHIAVELLI: BETWEEN ABSOLUTISM AND REPUBLICANISM

Por CRISTIAN ALTAVILLA*

Resumen

El presente ensayo pretende una visión más general y global del autor renacentista, muchas veces circunscripta al absolutismo y hasta incluso como la del defensor de la tiranía. Sin embargo, el pensamiento del autor florentino es mucho más complejo. En este trabajo se hará una consideración genérica sobre el contexto y su obra para resaltar aspectos que no han sido suficientemente rescatados de su pensamiento, que en el imaginario colectivo ha quedado circunscripto a una idea estrecha y parcial de su obra *El Príncipe*, visto como el breviario de los tiranos. El presente ensayo intentará sacar a luz otras ideas que hacen del pensador florentino interesante de estudiar y reflexionar, indagando sobre sus ideas que giran en torno a dos conceptos opuestos: el absolutismo y el republicanismo.

Palabras clave: Maquiavelo | Historia de las Ideas Políticas | Renacimiento | Absolutismo | republicanismo

Abstract

This essay intends a broadest view over the Renaissance author, generally circumscribed to absolutism and even as the champion of tyranny. However, the thought of the Florentine author is much more complex. In this work, a general overview about the context and his works will be made in order to highlight aspects that have not been sufficiently recalled from his thought – recued to a narrow view of his work *The Prince*, seen as the breviary of tyrants. This essay will intend to bring other ideas to light, which make the Florentine author interested for study and reflection, in exploring his ideas revolving around two opposite concepts: absolutism and republicanism.

Key Words: Maquiavelli | History of the Politic Ideas | Renaissance | Absolutism | Republicanism

* Abogado, Doctor en Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba (UNC) y PhD Visiting en la Universidad de Bologna, Italia; Profesor de la materia Derecho Público Provincial y Municipal, Facultad de Derecho y Cs. Ss., UNC; Profesor de Administración Pública, Facultad de Ciencias Económicas, Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional de San Luis (UNSL). Becario Postdoctoral de CONICET. Miembro investigador del proyecto “Meta-requisitos, instituciones y prácticas de la Democracia Local”, dirigido por Pamela Cáceres y radicado en la Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la Universidad Católica de Córdoba, del proyecto “La Actuación Judicial ante la tensión Público-Privado”, Proyecto Cat. “A”/ SeCyT (Secretaría de Ciencia y Técnica) Universidad Nacional de Córdoba, radicado en el Centro de Investigaciones Jurídicas y Sociales (CIJS) y del proyecto de investigación PROICO 50612 “Régimen Político y Cultura Política (5ta presentación)”, radicado en la UNSL. e-mail: cristianaltavilla@hotmail.com.

I. INTRODUCCIÓN

Maquiavelo pasó a la historia como el defensor de la tiranía y el absolutismo, pero en realidad poco se sabe acerca de sus ideas acerca de la república, la libertad y el bien común. La concepción negativa del autor renacentista no solo se encuentra en el ideario popular, sino incluso en las altas esferas académicas, de tan fuerte arraigo que ha dado lugar a las expresiones “maquiavélico” y “maquiavelismo”¹.

Unos de los temas más importantes en la obra de Maquiavelo es el “Estado–Nación”, idea que instrumentó en función de la unidad italiana, de la cual fue un precursor. Maquiavelo aspiraba a la constitución de un estado nacional en Italia, pero su pensamiento excede la circunstancia de su país y alienta las vías nacionalistas en todo el continente. La primera en forma expresa, al finalizar *El Príncipe*, en una “*Exhortación para liberar a Italia de los bárbaros*” (Cap. VI), y la segunda en forma implícita (e incluso no prevista), porque Maquiavelo se perfila como el primero de los escritores “*nacionalitarios*”, expresión que se convertirá más adelante en *principios de las nacionalidades*, o sea el derecho a la unificación y a la independencia estatales de elementos nacionales dispersos o subyugados (PRELOT 1971).

Si se concluye que Maquiavelo no elaboró ninguna teoría de Estado, lo cierto es que sus consejos perduraron por siglos. El propio *Mussolini* ha escrito que “*la doctrina de Maquiavelo está más viva hoy que hace cuatro siglos, porque si bien las formas exteriores de nuestra existencia han cambiado mucho, no se han producido modificaciones profundas en el espíritu de los individuos y de los pueblos...*”. La doctrina de Maquiavelo tuvo como primer heredero al hombre que piensa exclusivamente a través de la economía, y posteriormente al jurista de orientación positivista (VERDROSS 1962).

El destino de su obra más famosa, *El Príncipe*, fue muy particular. Lorenzo de Médicis, destinatario de la obra, quizá ni la leyó. El manuscrito suscitó un interés mediocre; “nadie que estuviese un poco familiarizado con el espectáculo de la política cotidiana tenía nada nuevo que aprender de este opúsculo” (CHEVALLIER 2006:29). Y ello se debe a que Maquiavelo no hizo otra cosa, a juicio de George SABINE, que describir crudamente la política italiana del siglo XVI, por lo tanto nada nuevo habría en ese opúsculo. Recién fue impreso en 1531, cuatro años después de la muerte del autor acaecida en 1527, con una autorización del Papa Clemente VII; no provocó ninguna sensación, incluso se la estimó inofensiva.

¹ El Diccionario de la Real Academia Española define “maquiavélico” como un adjetivo que denota “astuto y engañoso”, y al “maquiavelismo” como un “modo de proceder con astucia, doblez y perfidia”; el Oxford English Dictionary define en similares términos el adjetivo “maquiavélico” (*machiavellian*) como “astucia, intrigas y sin escrúpulos, especialmente en política” (*cunning, scheming, and unscrupulous, especially in politics*).

Pero las ediciones no tardaron en multiplicarse, y con ellas los escándalos que produjo su lectura: El cardenal arzobispo de Canterbury, Reginal Pole, definió a la obra como escrita por la mano del diablo; es denunciada como “*impura y malvada*” por el Papa Pablo IV, puesta en el Índice y condenada por el Concilio de Trento (1545-1563). Los términos “*maquiavélico*” y “*maquiavelismo*” datan de esta época (CHEVALLIER 2006). Surgen un centenar de escritos en contra de Maquiavelo: Inocente Gentillet, el padre jesuita Antonio Possevin, Federico II de Prusia – aunque los soberanos y primeros ministros, enamorados del *Poder*, hacen de El Príncipe, breviario del absolutismo, su libro de cabecera.

Pero también en ésta época comienzan las reivindicaciones del florentino; Richielieu encargará a Machon una apología de Maquiavelo, Grabiél Neudé, bibliotecario de Mazarino, le adjudica a éste haber educado al futuro Luis XIV en la “religión del divino Maquiavelo”. Jean-Jaques Rousseau intenta su reivindicación en el “*Contrato Social*”, diciendo que Maquiavelo habría escrito *El Príncipe* con simulación, para informar y poner en guardia a los pueblos, descubriéndoles los espantosos secretos de los tiranos, fingiendo dar lecciones a los reyes, se las dio en grande a los pueblos; resalta el Maquiavelo de los *Discursos* en el tratado Político de Spinoza y en las obras de Montesquieu (HILB 2000).

Pero estas ideas parten de una concepción equivocada de “*El Príncipe*”, o al menos no del todo cierta. Esta obra en particular no pretende rasgos de universalidad; no pretende una teoría universal del poder. Es una obra esencialmente pedagógica, escrita para un hombre en particular, en determinadas circunstancias y en una época muy peculiar. Es el resultado de la observación de hechos recientes, de los métodos políticos prevalecientes en el siglo XVI y de la propia experiencia personal de Maquiavelo como funcionario y diplomático (Montilla Pineda, citado por RODRÍGUEZ VARELA 2001:163). Maquiavelo fue un agudo observador de su época, toda su obra se sustenta en hechos reales, reparó en cómo eran y cómo siguieron siendo los métodos políticos: “...prefiero ir a la verdad que a la imaginaria representación de la misma... Muchos han imaginado repúblicas y principados que ni vieron nunca ni existieron en realidad. Hay, en efecto, tanta distancia entre cómo se vive y cómo se debería vivir, que aquel que abandona lo real centrándose en lo ‘ideal’ camina más hacia su ruina que hacia su preservación, pues el hombre que pretenda hacer en todos los sentidos profesión de bondad fracasará necesariamente entre tanto bellaco”².

Todo lo que se ha dicho y pensado de Maquiavelo se circunscribe a esta obra en particular. Pero Maquiavelo ha escrito muchas otras obras. Primero es necesario comprender

² MAQUIAVELO, Nicolás, “*El Príncipe*”, Cap. XV, pág. 91.

El Príncipe en su justo contexto y luego comprender su pensamiento en conjunción con otras obras de su autoría, de las cuales rescatamos los *Discursos de la Primera Década de Tito Livio*. A continuación, haremos una breve descripción del contexto en que vivió y escribió sus pensamientos, un contexto de extraordinarios cambios en todos y cada uno de los aspectos de la vida; luego, haremos una revisión crítica de *El Príncipe* y finalmente algunas consideraciones acerca de otros aspectos de su pensamiento que no están contenidas en esta obra, pero sí en los *Discursos*.

II. EL CONTEXTO EUROPEO Y EL NACIMIENTO DE LOS ESTADOS NACIONALES

Uno de los acontecimientos políticos más importantes que comienzan a gestarse con el *Renacimiento* es el surgimiento del *sentimiento nacionalista*; como idea de unión y centralización del poder en una unidad de dominación independiente y soberana. Desde la caída del Imperio Romano de Occidente en el 453 d. C., hasta el s. XV, toda Europa estaba compuesta de un centenar de pequeños Estados, gobernados por reyes, con poco poder real, y un sinnúmero de señores feudales quienes en realidad ostentaban el poder real, verdaderos jefes y soberanos de sus tierras. Estos señores ejercían de autoridad intermedia entre el Pueblo y el Soberano. Ninguna decisión de éste podía ser impuesta a aquellos sino era a través del Señor feudal.

A partir de los siglo XV y XVI, comienzan una serie de eventos que van marcando el fatal destino de los señores feudales; el descubrimiento de América, las mutaciones de los criterios de intercambio, el advenimiento de una economía marcadamente monetaria, desplazan las prosaicas economías que se sustentaban en el trueque y la agricultura. Se crean casas de comercio y surgen bancarios prestamistas (como los *Medici* en Italia, los *Welser* y los *Fugger* en Alemania)³.

Paulatinamente, los señores feudales comenzaron a perder poder, ya que carecían de los medios necesarios para satisfacer las exigencias sociales, políticas y económicas creadas por el desarrollo de las ciudades y la expansión del comercio. La consolidación de las monarquías marcó, consecuentemente, una fuerte concentración del poder, centralizando funciones que estaban dispersas y eran irregulares en la organización feudal. Los Estados, nueva forma de

³ Francis Bacon afirmaría que tres descubrimientos tecnológicos, la *imprensa*, la *pólvora* y la *brújula* magnética, habían modificado la faz del mundo al haber hecho posible esta nueva era del arte y del saber. La invención de la *pólvora* produjo un abrupto cambio en las técnicas de guerra, desplazando a los caballeros medievales y sus pesadas armaduras, por mosquetes y cañones. La invención de la *brújula* permitió a los navegantes europeos alejarse de la costa, permitiendo el descubrimiento de América (1492) y nuevas vías hacia el Lejano Oriente (desde que la ruta del mediterráneo quedó interrumpida desde la caída de Constantinopla en 1453 a manos de los turcos otomanos). La imprenta difundió ideas de formas tan rápidas y eficientes que no pudieron ser imaginadas hasta ese momento.

organización de los pueblos, mantenía fronteras definidas, cuidadas y controladas por un único ejército, profesional y permanente; las pequeñas ciudades, renunciando a su independencia, se aunaron conformando un gran bloque, con rasgos característicos propios; lengua, raza, costumbres, y bajo un mismo y único soberano; el monarca.

Las terribles invasiones de los pueblos bárbaros en los albores de la Edad Media y luego la de los pueblos normandos hicieron necesaria una política de policía y “*en un período de desorden que se aproximaba con frecuencia a la anarquía eran imposibles grandes unidades políticas y económicas. En consecuencia, los gobiernos tendían a ser de tamaño reducido*” (SABINE, 1996:181). Ello hacía que el gobierno fuera fundamentalmente local. Posteriormente, con el advenimiento de ciertos acontecimientos, las circunstancias cambiaron y convirtieron en obsoleto al edificio feudal, y a diferencia de los siglos anteriores, las nuevas circunstancias exigían, ahora, un gobierno central. Frente al fracaso de las instituciones medievales por su impotencia ante las nuevas circunstancias, el monarca vino a representar la mejor garantía a los sectores sociales que, implantando una nueva economía, exigían otro tipo de prestaciones.

Desde una perspectiva política, puede decirse que los comerciantes fueron grandes contribuyentes del Estado nacional (GALBRAITH 1987). De hecho, los comerciantes, los burgueses, la capa más baja de la sociedad, por debajo del clero y de la nobleza, comienzan a rivalizar con esta última. No pudiendo acceder a las esferas del gobierno (facultad reservada exclusivamente a la nobleza) se contentaron con ensanchar el poder del rey para, en contrapartida, disminuir el de la nobleza. Asimismo, el monarca veía en la clase media una efectiva arma de lucha contra la aristocracia renuente a renunciar a sus prerrogativas. Para otros autores, los cambios estéticos y conceptuales característicos del renacimiento nunca podrían haber ocurrido sin el desarrollo y la expansión del comercio internacional por vía terrestre y marítima. Los mercaderes por su parte facilitaban al gobierno recursos económicos que necesitaba para el sostenimiento de su poder, tanto en el ámbito interior como en la esfera internacional, principalmente a través de los recursos fiscales. Ya fuera luchando entre sí en relaciones de cooperación, los comerciantes ayudaron a crear y consolidar el poder del Estado (GALBRAITH 1987).

En conclusión, el nacimiento de los Estados nacionales fue sólo el último eslabón de una larga cadena de acontecimientos históricos. Este proceso fue largo, y de diferentes matices según los distintos países. En Inglaterra, la consolidación y unificación se opera con la dinastía *Tudor* (rama de la casa de Lancaster), inaugurada por el rey Enrique VII de Inglaterra (1485 – 1509), luego de concluida la guerra de los Cien Años, y de zanjada las disputas sobre

la sucesión al trono que dio origen a guerras civiles, como la Guerra de las Dos Rosas. España logra su unificación a través de dos acontecimientos importantes: por un lado la unión, en 1492, de los reyes católicos, Fernando V de Aragón e Isabela I de Castilla, consolidándose así los dos grandes reinos de España; y por otro lado, la expulsión definitiva de los musulmanes de la península ibérica, después de siete siglos de ocupación, tras la toma de Granada, el último bastión musulmán, en ese mismo año 1492.

En Francia, con el reinado de Francisco I, rey de Francia entre 1515-1547 y duque de Milán, se instaura la dinastía de los *Valois*, que otorga a este país una unidad territorial claramente conformada. Con Enrique IV (1589-1610), de la dinastía *Borbón*, comenzarían los reinados absolutistas. Francia “presenta el ejemplo más típico del desarrollo de un poder real altamente centralizado” (SABINE 1996:267) y sería el modelo ideal del nuevo Estado-Nación bajo la forma del absolutismo, pasando por el reinado de Luis XIV hasta la Revolución de 1789. Francia había comenzado este camino tempranamente con Felipe el Hermoso (1285-1314), pero el proceso se vio retrasado por la Guerra de los Cien Años (de 1337-1453). Pero al cabo de esta contienda, el panorama volvió a presentarse favorable para la recentralización del poder en el monarca, ya que había sido fatal para los señores feudales, extremadamente debilitados tras un siglo de continuas luchas (exteriores e interiores): “La segunda mitad del siglo XV produjo una rápida consolidación del poder real que hizo de Francia la nación más unida, compacta y armónica de Europa” (SABINE 1996:267).

III. NICOLÁS MAQUIAVELO Y LA ITALIA RENACENTISTA

Para comprender cabalmente el pensamiento de Maquiavelo es necesario, ante todo, conocer la situación política de la Italia de su tiempo. *Nicolla Machiavelli* nació en Florencia en 1469, en plena decadencia de las ciudades-estados italianas. A lo largo de sus años como funcionario en la república florentina (desde 1494 hasta 1512), Maquiavelo vio y experimentó los enormes cambios que vivía Europa. Comienza su vida pública como secretario de la segunda Cancillería de la República florentina y luego presta sus servicios como diplomático bajo las órdenes de los Diez de Libertad y de Paz, quienes tenían a su cargo, además de otras funciones públicas, las relaciones exteriores de Florencia.

A poco de entrar en el servicio público florentino, España por ejemplo ya se había unificado; en Roma gobernaba el Papa Alejandro VI, de quien se dice el primer papa estadista, el primer papa que gobernó Roma (y sus estados aledaños) como un verdadero monarca – además de sus pretensiones de expandirse por toda Italia, obra que sería continuada por su hijo, César Borgia si no fuera porque la *fortuna* les quitó la vida a ambos en medio de

tal cometido; Hacía pocas décadas que la Guerra de los Cien Años había finalizado (1453) y tanto Francia como Inglaterra se encaminaban hacia la reconstrucción de sus estados y la creación del Estado Moderno. Hacia 1498 (el mismo año que será ejecutado Savonarola) será nombrado canciller y secretario de la Segunda Cancillería, a cargo de las relaciones exteriores de la República. Desde esta posición, Maquiavelo podrá ver los cambios y acontecimientos en primera persona y a los personajes de tales cambios. En 1500 realizará una misión a Francia donde se entrevistará con el rey Luis XII sobre la cuestión de la guerra con Pisa; en 1503 viajará a Roma para presenciar la elección del sucesor de Alejandro VI; en 1507 se entrevistará con el Maximiliano I, emperador del Sacro Imperio.

Maquiavelo observó estos procesos y comprendió la dirección del cambio. Pero Italia seguía compuesta de pequeñas ciudades-estados (al estilo de las polis griegas de hacía diecisiete siglos atrás), que guerreaban constantemente entre sí, para alcanzar un predominio económico o hegemonía política sobre la región, no consiguiendo más que hundirse en la miseria y en la pobreza, tirando por tierra los grandes logros de antaño. Este sistema político de ciudades-estados, era ya obsoleto y no satisfacía las necesidades que los tiempos presentes demandaban.

La situación italiana era diametralmente opuesta a la experimentada por los nuevos Estados Nacionales. Las ciudades-estados italianas (cuya organización política era similar a las *polis* griegas) tuvieron que recorrer un trecho más largo, complicado y sinuoso, ya sea porque estas ciudades no estaban predispuestas a abandonar su independencia para formar un único Estado, ya sea porque otros países, como Francia y España, que ya se habían conformado definitivamente, tenían pretensiones en la península. Los reclamos de potencias extranjeras y las continuas pretensiones de unas ciudades por imponerse sobre otras, llevó a enfrentamientos armados que dejaron muchas de esas ciudades y reinos totalmente destrozados, divididos y enfrentados entre sí. Para superar estas dificultades, durante la Alta Edad Media, comenzaron a conformarse *Ligas*, como la que constituyeron el Papado, Venecia y Milán, para enfrentar al ejército francés, en 1495. Pero estas ligas se formaban para enfrentarse a una emergencia particular y luego se disolvían. Y no todas se formaron para enfrentar al extranjero. En 1509, los Estados Pontificios (con Roma a la cabeza), Ferrara y Mantua se unieron al Sacro Imperio Romano, Francia y España para atacar a la República Veneciana. La pésima diplomacia y la errónea creencia de que los invasores no permanecerían por mucho tiempo en la península, llevó a que los distintos Estados italianos ofrecieran ayuda a los extranjeros, para poder sacar rédito en sus propias empresas.

Ante semejante confusión, los Estados extranjeros, como España, Francia y Austria, sintieron que era el momento propicio para hacer valer sus pretensiones en la península, y expandir así sus propios territorios para enriquecer sus débiles economías, devastadas por la guerra; las tropas italianas fueron derrotadas por franceses, españoles, alemanes y suizos⁴. Italia era un verdadero campo de batalla, donde se batieron italianos contra invasores, italianos contra italianos e invasores contra invasores⁵. Italia no sólo sufría de invasiones, sino también de luchas intestinas; así surgen las figuras de los *condottieri*, jefes militares que luchaban, en algunos casos a favor del mejor postor, en otros por su propia cuenta, movidos por ambiciones políticas, intentando el dominio de alguna ciudad. Durante los últimos años del siglo XV, si bien no todas las ciudades italianas estaban signadas por la catástrofe de las guerras civiles y las constantes invasiones, como Venecia y Florencia, estas no tardaron en sucumbir, cerrando el cuadro desastroso de toda la península para el siglo XVI. Florencia misma veía corrompida su ya tradicional forma republicana en el primer cuarto de este siglo. La sociedad y la política italianas en la época de Maquiavelo se encontraban en plena decadencia institucional. Era una sociedad intelectualmente brillante y artísticamente creadora, pero presa de la peor corrupción política y la más baja degradación moral. Las instituciones cívicas estaban muertas. La crueldad y el asesinato eran procedimientos normales de gobierno, la astucia y la fuerza eran la clave del éxito. Se convirtió en la sociedad que justificó el dicho de Aristóteles: “*cuando el hombre se aparta de la ley y la justicia es el peor de los animales*” (SABINE, 1996:269).

La figura de un hombre que pusiera coto a estas atrocidades, expulsara a los invasores, impusiera la tan deseada paz, reorganizara a la entonces devastada Italia unificándola y centralizándola en único gobernante, que la llevara a su tan merecida gloria y apogeo, era tan necesaria y deseada que es entonces cuando surge la idea y la ilusión de un *Príncipe*.

IV. “EL PRÍNCIPE” (1513)

Al decir de Marcel PRELOT, “*la obra de Maquiavelo es hija de estas circunstancias*” (1971:239). Maquiavelo capta la necesidad de abandonar esas estructuras políticas que fueron

⁴ Francia comenzó sus invasiones en 1494, por iniciativa del rey Carlos VIII. Los franceses se retiraron, pero no tardaron en volver. En 1499 invadieron Lombardía. En 1500, el nuevo rey de Francia, Luis XII y el monarca español, Fernando de Aragón, convinieron en repartirse el reino de Nápoles.

⁵ los ejércitos franceses y españoles terminaron por enfrentarse en 1502. Las hostilidades entre los invasores cesaron luego de un avenimiento entre ambos, que lograron para entrometerse aún más en los asuntos locales, aunando sus fuerzas para conquistar Venecia, con la ayuda de Maximiliano I de Habsburgo (abuelo del emperador Carlos, I para la cronología de España y V para el Sacro Imperio Romano germánico), y convertir al Papa en un títere. Más tarde Francisco I de Francia pretendería el ducado de Milán, que le correspondía por el tratado de Noyon (1516). Este mismo tratado le reconocería, también, a Carlos V, rey de España, el trono de Nápoles.

cualitativa y cuantitativamente superadas por la del Estado-Nación. Para ello era necesaria la unificación de todos los ducados, reinos, repúblicas y principados de la península. Siguiendo el ejemplo de Francia, España e Inglaterra, Maquiavelo descubre que la clave está en que el artesano de esa unificación es un príncipe: “*sin príncipe no hay unificación*”. El príncipe es un hombre fuerte y capaz de derribar los obstáculos que se oponen a dicho proyecto. Además, como las circunstancias son tan poco propicias, las adversidades muchas y la necesidad de la unión tan imperiosa, el príncipe estará autorizado a hacer cualquier cosa para lograr su cometido; el príncipe es, pues, el hombre fuerte, el hombre de Estado.

Éstas eran las ideas de Maquiavelo, que más tarde las plasmaría en dos obras importantes; “*Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*” y “*El Príncipe*”. En 1513 escribe *El Príncipe* (cuyo título original es “*De principatibus*”, es decir, *De los Principados*), con dos finalidades claramente definidas; una, la de exponer sus ideas, para contribuir de esta manera al proceso de unificación, pues él se cree el hombre de esta causa, y la otra, la de obtener el perdón y la gracia de *Lorenzo de Medici*⁶.

Lorenzo asumió el poder político de Florencia en 1512. Para entonces, Nicolás era un importante funcionario del gobierno florentino, un excelente diplomático que tenía una carrera en ascenso. Llevaba 14 años de servicios en la cancillería, hasta que las circunstancias le fueron adversas: presa Florencia de las contiendas entre el papa Julio II y el rey de Francia Luis XII, los Médicis, aprovechando el desastre, se hicieron del poder de la ciudad. Maquiavelo fue despojado de todos sus cargos y desterrado de su ciudad. Angustiado y aprovechando su tiempo de ocio en las cercanías de Florencia, donde vive desterrado con su familia, decide dedicarse a escribir: comienza con “*Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*”, sigue con “*Historia de Florencia*”, “*Tratado sobre el Arte de la Guerra*”, incursiona en el género de la comedia con “*Mandrágora*” y de la novela con “*Vida de Castruccio Castracani*”, en la que relata la vida de un *condottiero* de Lucca (CHEVALLIER 2006:9). Mientras escribía los *Discursos*, hace un paréntesis y se toma un recreo para escribir una pequeña obra, en la que desea plasmar sus conocimientos sobre la vida pública y aportar al nuevo jefe de la ciudad sus consejos y poder granjearse la gracia y el perdón de éste. Así nace “*El Príncipe*”.

Esta obra marcará un hito en la historia de las ideas políticas. Implicará la separación *entre la política y los demás conocimientos*. Pero para entender esto es necesario saber cuál era el *método* de Maquiavelo. Maquiavelo no es un filósofo, no es un pensador que parte de la especulación. En *El Príncipe*, que no es un tratado de filosofía política, Maquiavelo no se

⁶ Lorenzo de Médicis (1492 – 1519) era hijo de Piero y nieto de Lorenzo “el Magnífico”.

pregunta cuál es el mejor gobierno o qué es lo legítimo, qué es el poder o el Estado en general, sino simplemente, pensando en la situación italiana, lo inquieta una sola pregunta: ¿cómo hacer reinar el orden, cómo instaurar un Estado estable? (TOUCHARD 2001:203).

Forzado por el exilio, cuenta con cierto ocio para dedicarse a contemplar la política. Pero lo que escribirá está muy lejos de lo abstracto: con el objeto de complacer a *Lorenzo de Médicis*, escribe: “...*No he hallado entre cuanto poseo cosa alguna de mayor valía que el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, conocimiento atesorado por mí mediante una prolongada experiencia de los asuntos modernos y un constante e ininterrumpido estudio de los antiguos...*”. Maquiavelo utiliza la *observación*, directa e indirecta, a través de su experiencia y sus lecturas. La lectura de las *cosas antiguas* le ha proporcionado una experiencia a partir de la cual funda su concepción política. La *experiencia de las cosas modernas* le permitió posicionarse en un lugar estratégico para ver y comprender la política de su época: “*Con ello he compuesto un opúsculo, De Principatibus, donde me sumerjo todo lo que puedo, en mi asunto, indagando cuál es la esencia de los principados, de cuantas clases los hay, cómo se adquieren, cómo se mantienen y porqué se pierden*”⁷.

Lo caracteriza el pragmatismo, no es un teórico, no inventa nada, todo lo que dice es lo que vio o leyó: “*pretender cosas falsas es faltar al método [...] afirmar que un príncipe puede conservarse mediante la observancia escrupulosa de la equidad y de la buena fe, cuando los hechos prueban lo contrario*” (PRELOT 1971:248). El pensamiento de Maquiavelo es el de un hombre que, por haber frecuentado a los demás hombres, carece de ilusión; que sabe distinguir perfectamente el bien y el mal, y que, inclusive, preferiría el bien, pero se niega a cerrar los ojos ante lo que él considera la *necesidad del Estado*, ante lo que él estima las servidumbres de la condición humana (CHEVALLIER 2006:22).

No hay en él consideraciones acerca de qué es el Estado o qué es el Poder, simplemente los toma como datos de la realidad, a partir de ellos construye su técnica para alcanzarlo, no se pregunta cuales son sus fundamentos o cuál debiera ser el mejor gobierno, el mejor gobernante, no indaga en su origen, no le interesa por qué es, simplemente es. En esto estriba la verdadera originalidad de Maquiavelo; todos los pensadores, desde la Antigüedad hasta sus días, partieron de especulaciones y abstracciones, prescindiendo en la mayoría de los casos de los datos y hechos que aporta la Historia.

Maquiavelo inicia su obra con una descripción sobre *las formas de gobierno* (que clasifica en principados y repúblicas, pero que solo trata de los primeros) y sobre la *construcción del poder* que las trata en los capítulos I a XI. Del Capítulo XII al XXV tratan

⁷ Fragmento de una carta dedicada a su amigo **Vittori**, acerca de su obra *El Príncipe* (BLACK 2011).

sobre cómo debe actuar el príncipe para *conservar el poder*⁸. Los capítulos XII a XIV específicamente se refieren a cuestiones sobre la guerra y los ejércitos y los capítulos XV a XXV describe al *príncipe*, sobre las cualidades y características que debe poseer, intentar poseer o al menos aparentarlas. En todos estos capítulos habla en términos generales, como si se trata de proporciones generales. Se tratan, en realidad, de la deducción y posterior descripción de *técnicas de poder*. A lo largo de la obra se desprenden *tres cuestiones centrales* de su pensamiento y que se vinculan a las características del príncipe (algunas de las cuales también dependen de la forma de principado que tenga), a saber: (a) la desvinculación entre la moral y la política; (b) La razón de Estado; y (c) su concepción del hombre.

El último capítulo, el XXVI cierra la obra con una exhortación. Hay un cambio radical en su exposición, donde el lenguaje pasional y esperanzador se contrapone a los análisis meticulosos sobre las técnicas de poder y de la descripción de hechos y situaciones. En este último capítulo Maquiavelo hablará del fin de su obra, el ideal a seguir, que es la reunificación de Italia; lo que, en definitiva, justifican todos los hechos y situaciones hasta ahí descritos. Evidentemente, de la lectura del Príncipe se desprende que la forma de gobierno que propone es la *monarquía*, ya que es el príncipe el artesano de la unificación, el redentor de Italia. Sin embargo, en el pensamiento del florentino la monarquía no es *la mejor* forma de gobierno, sino que lo será la República ¿Por qué entonces Maquiavelo propone un principado para Italia?

MAQUIAVELO: ENTRE EL ABSOLUTISMO Y EL REPUBLICANISMO

Un aspecto de la obra de Maquiavelo que fascina es su extraordinario poder de observación. Maquiavelo veía y comprendía cabalmente el proceso de transformación que estaba experimentando Europa, el paso de la Edad Media a la Edad Moderna; visualizó y comprendió un proceso complejísimo del que pocos pudieron percatarse mientras sucedía: la creación del Estado Moderno⁹. Para Maquiavelo, Italia debía inscribirse en este proceso de transformación; debía superar los egoísmos particularistas, dejar de lado “*il Campanilismo*” que tanto caracterizaba a las ciudades estados italianas del Renacimiento.

⁸ Como hace notar BLACK (2011), Maquiavelo inicia el capítulo XII con otro sumario introductorio, indicando el inicio de una nueva sección de su trabajo, que bien podría ser un nuevo título compresivo de los capítulos subsiguientes: “Estudiadas ya las características de los principados que al principio me propuse examinar [...] *me resta ahora reflexionar*, de un modo general, *acerca de los riesgos y formas de defensa* que en cada uno de ellos pueden presentarse” (Cap. XII, pág. 7).

⁹ “Ningún hombre de su época vio con tanta claridad la dirección que estaba tomando en toda Europa la evolución política. Nadie comprendió mejor que él el arcaísmo de las instituciones que estaban siendo desplazadas y nadie aceptó con mayor facilidad el papel que la fuerza bruta estaba desempeñando en el proceso” (SABINE, 1996:268).

¿Pero cómo debía conformarse esa nueva organización territorial, como debía organizarse el “Estado” de acuerdo a Maquiavelo? Sobre este aspecto encontramos dos Maquiavelos: el Maquiavelo de “El Príncipe” (1513) y el Maquiavelo de los “Discursos de la Primera Década de Tito Livio” (1512-1517). En *El Príncipe*, Maquiavelo se inscribe decididamente por lo que más tarde se denominaría el *absolutismo*, la concentración de todo el poder en la persona del príncipe. De hecho, esa había sido la fórmula exitosa hasta entonces (España, Francia e Inglaterra lo atestiguan). En esta obra, Maquiavelo se deja llevar por la corriente, se suma a lo que en los hechos dio resultado (es fiel a lo que en definitiva, según él, constituye el *método* de su obra). La pregunta de Maquiavelo no es sobre lo *mejor*, sino sobre lo *posible*, no se refiere al deber ser de las cosas, sino al ser mismo de las cosas, tal cual él las observaba y comprendía.

Pero estas cuestiones se refieren al *cómo*, a los *medios*. Podemos afirmar así que El Príncipe se ocupa principalmente del *medio* para lo que según su obra, constituye el *fin*, es decir, la unificación de Italia, la creación de un Estado-Nación. Pero en los *Discursos*, Maquiavelo se inclina por la República como la mejor forma de gobierno, porque garantiza la libertad del pueblo. En esta obra, a diferencia de la anterior, tratará más del *deber ser*, trata del ideal más que de las cosas tal cual se muestran en la realidad: “El Príncipe muestra el arte necesario para fundar un Estado. Los Discursos, el arte necesario para mantenerlo. En el primer caso la libertad es la meta. En el segundo, la condición indispensable” (SINGER 2001:360). Podemos ver así en Maquiavelo dos discursos: el *discurso del poder* y el *discurso del bien común* (VILLORO 1991). El primero se refiere al *medio*, el segundo a la *finalidad*. De hecho, no podrá haber un *buen gobierno* si antes no existe la condición indispensable para ello: la creación del Estado. Son dos Maquiavelos entonces porque en realidad se trata de dos preguntas distintas: una de ellas se refiere a una necesidad de unificación, de construcción; la otra apunta a cual sería, una vez sorteada aquella necesidad, la mejor forma de organizarla.

Respecto de los *medios*, Maquiavelo no tiene repartos, surge de la obra la frase *el fin justifica los medios* (aunque no está así escrita, representa el espíritu de su obra). Esta será una de las cuestiones fundamentales de su obra, la separación entre la moral y la política. Maquiavelo se halla en la intersección de varias líneas históricas y de pensamientos, pero ante todo es un hombre del Renacimiento. Fiel a esta corriente, Maquiavelo aparta del príncipe (y consecuentemente de todo lo que éste significa; la política y el Estado) cualquier materia que, según él, no tienen nada que ver con aquél: así afirmar que el príncipe debe ser piadoso para ganar la vida eterna, corresponde a la teología, no a la ciencia política. Maquiavelo, acorde con el espíritu de su época, propone el divorcio entre la ética y la política; aún más, formula

una separación fundamental entre la política y el resto de los conocimientos. Según GARCÍA VENTURINI (1980), esta descentralización ya ha sido operada, y Maquiavelo es sólo un exponente más, un exponente por cierto bastante importante, porque la prolonga y la profundiza.

Ese medio es la *violencia*. Es necesario que entre las facciones litigiosas una de ellas se imponga. Los hombres viven en lo que más tarde Hobbes, Locke y Rousseau describirán como un *estado de naturaleza*, pero en Maquiavelo este estado de naturaleza no es una hipótesis, no es un estado hipotético, es un estado real, es la Italia del S. XVI, que se ve subsumida por cruentas guerras internas y constantes invasiones extranjeras. El Estado de naturaleza de Maquiavelo es un estado *pre-estatal*, es una organización política que ha quedado obsoleta (la poliarquía del medioevo) y que no satisface por ende las necesidades del *bien común*.

La prevalencia absoluta de los fines por encima de los medios es la base de la doctrina de la “Razón de Estado”, que tiende a preservar y mantener, a cualquier precio, el poder político (RODRÍGUEZ VARELA 164): “...*Con frecuencia se ve obligado, para mantener el Estado, obrar contra la humanidad, contra la caridad, contra la religión misma. Es menester, pues, que tenga la inteligencia bastante flexible para girar a todos los lados, pues, según venga el viento y lo ordenen los accidentes de la fortuna; es menester, como he dicho, que no se aparte, mientras pueda, del camino del bien, pero que en caso de necesidad sepa entrar en el del mal...*”¹⁰.

Evidentemente Maquiavelo no piensa en el buen príncipe, en el príncipe cristiano: “Lo que distingue es que encarna el poder general del Estado; en ella voluntad personal coincide con la colectiva. El príncipe es – dice Gramsci – “un condottiero que representa plástica y antropomórficamente el símbolo de la voluntad colectiva”. La representa *no en idea* sino en la realidad concreta, impone su voluntad, es cierto, por la fuerza, pero sobre todo por su *virtù*” (VILLORO 1991:121). Después de haber representado al *condottiero* ideal a lo largo de toda la obra, cierra su obra invocando al *condottiero* real que históricamente lo representa, lo encarna (BAILONE 2011). La imagen del *condottiero* no es casual: porque para Maquiavelo la guerra es el arte de todo príncipe. El príncipe es esencialmente guerrero: “*un príncipe, pues, no debe tener otro objetivo ni preocupación ni cultivar otro arte que el de la guerra, el régimen y la disciplina de los ejércitos porque esta es la ciencia verdadera del gobernante*”¹¹.

¹⁰ Cap. XVIII, pág. 107.

¹¹ Cap. XIV, pág. 87.

Éste debe ser temido y amado a la vez, pero como casi siempre ambos elementos no se dan juntos, debe preferir ser temido a ser amado, porque si es amado será un buen gobernante, pero no lo suficiente para alcanzar la gloria del Estado. Dentro de las cualidades esenciales de las que debe contar se encuentra la habilidad: debe ser fuerte, enérgico, resuelto. Debe tener *virtù*¹². En 1516 (dos años después de *El Príncipe*) Erasmo escribirá “*Instituciones del Príncipe Cristiano*” obra que describe al *buen gobernante*, al príncipe lleno de virtudes, al príncipe cristiano. Para Maquiavelo este tipo de literatura son “vanas especulaciones”, prefiere atenerse a la realidad de las cosas; no hay, para él, tal príncipe, y pareciendo anticipársele a Erasmo, nos dice que “*la condición humana no se lo permite*”.

Esa condición humana se asemeja al Estado de Naturaleza de Hobbes, o al estado que Locke (2004) describirá como Estado de Guerra¹³. Maquiavelo coincide con Hobbes en que el hombre es malo por naturaleza, tiene una concepción antropológica pesimista. En este contexto, el único medio factible es la *violencia*. Pero no debemos exagerar desde un punto de vista moral estas afirmaciones: El propio Estado-Nación (al que Maquiavelo aspiraba) ha sido definido como una organización territorial cuya principal característica es el monopolio de la fuerza pública. Locke, el fundador del liberalismo político, entenderá cabalmente esta idea cuando al definir el poder político dirá que “consiste en el derecho de hacer leyes [...] y de emplear la fuerza del común en la ejecución de tales leyes, y en la defensa de la nación contra el agravio extranjero” (2004:8).

Hay dos ideas clave en la frase que también la encontramos en Maquiavelo. Afianzar la paz interior y defender el Estado de ataques exteriores. Si ambas condiciones se logran, es posible entonces el *bien común*. En *El Príncipe* es clara la preocupación de Maquiavelo por esta cuestión de la seguridad – lo que, en definitiva, justifica la existencia del Estado-Nación: “la competencia aparece como un factor inescapable de las relaciones humanas y, partiendo del hecho de que los hombres no son buenos por naturaleza – o sea, no obedecen a límites naturales-, la competencia tiende siempre a la guerra” (SINGER 2001:355). Entonces resulta fundamental que una de las facciones, no importa cuál en particular, se imponga militarmente sobre el resto¹⁴.

¹² Éste es un término latino que no pasó a las demás lenguas latinas, y que equivale a energía, empuje, resolución, talento, valor indómito y feroz (CHEVALLIER 2006:17).

¹³ Llama la atención las similitudes entre el Estado de Guerra que describe LOCKE en el Cap. III, “Del Estado de Guerra” (pp. 17-19) y el último capítulo de *El Príncipe*, que describe la situación de Italia del *Cinquecento*.

¹⁴ En España el absolutismo se consolidó tras la expulsión de los musulmanes; la dinastía Tudor inauguró el absolutismo en Inglaterra después de vencer en la cruenta Guerra de las Dos Rosas; en Francia fue posible gracias al debilitamiento de la nobleza al cabo de la Guerra de los Cien Años. En todos estos casos, las *facciones* fueron derrotadas por las armas.

Lo que interesa de Maquiavelo es su *análisis realista*, deductivo sobre la realidad que estudia: “El fundamento del Estado no habrá que buscarlo en la economía divina, ni en la naturaleza, ni en algún convenio entre los hombres. *Estriba en un acto de poder*” (VILLORO 1991:121). El Estado es una construcción humana, y los estados exitosos han sido contruidos por príncipes o profetas que con decisión y *virtù*, aprovecharon la buena fortuna, es decir, el momento histórico oportuno para arremeter la empresa. El poder de tomar decisiones y la fortaleza de llevarlas a cabo devela que no es una empresa fácil, libre de obstáculos y que, más importante aún, ha debido imponerse por las armas, por la fuerza, según todos los ejemplos que da en su obra. De ahí su famosa frase “los profetas armados han vencido siempre y los desarmados pericidos”¹⁵ y que “la experiencia enseña que sólo los príncipes y repúblicas con ejércitos propios logran progresos dignos de elogios, mientras las tropas mercenarias originan daño de continuo”¹⁶.

LA URDIMBRE DE SUS PENSAMIENTOS

Cuando Maquiavelo comienza a escribir *El Príncipe*, obra que encara casi con premura, casi con desesperación, como si el tiempo premiara, se estaba dedicando a otra obra, los *Discursos de la Primera Década de Tito Livio*. Había comenzado ya a redactar el primer capítulo del primero de los tres libros que constituye la obra (completada más tarde, después de finalizar *El Príncipe*). Es bien cierto, como siempre se afirmó, que Maquiavelo quería congraciarse con Lorenzo de Medicis para poder salir de su situación penosa (en el prólogo de su obra dice claramente que el escrito es para “congraciarse” con él). ¿Pero habrá sido también que en ese momento el autor florentino se percató de la “fórmula exitosa” para lograr su cometido? Releyendo su último capítulo, Maquiavelo nos da la respuesta: “se dan las circunstancias para enlazar a un nuevo príncipe, de suerte que un hombre prudente pueda introducir una fórmula diferente capaz de honrarle a él y proporcionar la felicidad a los italianos”¹⁷. Está afirmando que se encuentran presentes los tres factores necesarios para llevar adelante la empresa (que desarrolla a lo largo de su opúsculo): un contexto benigno (*fortuna*), el liderazgo y el coraje (*virtù*) para realizar las acciones que implican aquel liderazgo (SINGER 2001).

¹⁵ MAQUIAVELO, Nicolás, “*El Príncipe*”, Cap. VI, pág. 40. Conclusión a la que arriba después de mencionar los casos de “profetas” exitosos, personas que lograron crear y mantener un nuevo Estado: Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo – personajes que lograron su empresa gracias a una combinación exitosa de *fortuna* y *virtù*, que él llama *oportunidad* (véase el Cap. XXV).

¹⁶ MAQUIAVELO, Nicolás, “*El Príncipe*”, Cap. XII, pág. 75.

¹⁷ MAQUIAVELO, Nicolás, “*El Príncipe*”, Cap. XXVI, pág. 151.

Es de resaltar también que en *El Príncipe*, si bien comienza su opúsculo en la primera línea diciendo que existen y han existido solo dos formas de gobierno, o de organización territorial, “*repúblicas o principados*”, todo a lo largo de su obra no tratará en lo más mínimo la idea de república (que sólo incidentalmente la mencionará¹⁸). Él mismo aclarará que “dejaré a un lado el discurrir sobre las *repúblicas* porque ya en otra ocasión lo he hecho extensamente” (Cap. 2), refiriéndose, entre otras, a los *Discursos*. A continuación agrega: “Volterommi solo al principato, et andrò *tessendo li orditi soprascritti*, e disputerò come questi principati si possino governare e mantenere” (“Me dedicaré sólo al principado, *para ir tejiendo la urdimbre* de mis opiniones y establecer cómo estos principados pueden gobernarse y conservarse” (Cap. 2).

Con esta frase parecería corroborar la idea expresada de marras ¿nos está diciendo el autor que es en la conjunción de ambas obras en donde podemos encontrar el esquema general de su pensamiento, es decir, sobre cómo crear, mantener y organizar ese nuevo estado? Las ideas fueron escritas en distintos momentos, pero si las ordenásemos, veríamos un orden cronológico en ellas: primero construir y conservar el Estado; después buscar la mejor forma de gobierno para ese nuevo Estado. El propio Maquiavelo utiliza una expresión que describe muy bien estas ideas: como la *urdimbre*, sus obras son un conjunto de hilos que, colocados en el telar paralelamente unos a otros, forman la tela, es decir, su pensamiento.

En *El Príncipe* entonces nos dirá que crear y mantener el estado nuevo es obra del príncipe, pero en los *Discursos*, la tarea de mantenerlo (evitando uno de los mayores peligros, el más mortífero de todo estado, las sediciones internas) corresponderá al pueblo a través de su participación y para ello será necesario introducir elementos de la *república*. Podemos interpretar de esta frase que lo que Maquiavelo dice es que primero se debe afianzar el Estado (a través del príncipe) para después hilar esta idea con la segunda fase de su empresa: la de su mantenimiento a través de la república, a través de la *participación ciudadana*¹⁹.

Pese a todo lo dicho en *El Príncipe*, de las formas de gobierno la predilecta de Nicolás es la *Republicana*. Explica CHEVALLIER: “*Republicano de corazón, Maquiavelo había imaginado, sin duda la realización de una república italiana, heredera de la república romana según Tito Livio, por la libertad cívica a la antigua, fomentando un ejército nacional. Parece que, mucho antes de la vuelta de los Médicis a Florencia, mucho antes del fracaso*

¹⁸ La menciona once veces: una única vez en los Capítulos 1, 2, 4, 8, 13, 15 y en el 12 la menciona cinco veces, pero todas estas menciones son meramente incidentales.

¹⁹ Así, por ejemplo, Maquiavelo sostendrá que el pueblo juzga con mayor prudencia que un príncipe la designación de los magistrados (*Discursos*, Cap. 34, Libro III). También considerará que el mal obrar de los pueblos se debe en muchos casos al mal ejemplo de sus príncipes, ya que todos los ojos se vuelcan en ellos (*Discursos*, Cap. 29, Libro III). En similar línea que Erasmo de Rotterdam en su “Elogio de la Locura”.

lamentable de la milicia organizada por él, el secretario florentino, apoyándose en una cruel experiencia de las debilidades de la libertad municipal, desesperó de la liberación italiana bajo la forma republicana. Parece que, si admiró tanto a César Borgia, si exageró visiblemente sus posibilidades y su envergadura, fue porque creyó ver en él, durante algún tiempo, al príncipe redentor que, con la dictadura, con la tiranía, realizaría el sueño italiano, no logrado por la libertad. Hipótesis desesperada del príncipe nuevo, del príncipe usurpador [...] Escribiendo su opúsculo sobre los principados, Maquiavelo no renuncia, sin embargo, al sueño italiano. Utiliza el trabajo que le imponen su situación personal y sus necesidades, para expresar la forma nueva que toma en él ese sueño”.

No coincidimos con el autor en que Maquiavelo haya “desesperado” de la idea de República ni que su sueño haya tomado “forma nueva” a través del principado. Maquiavelo, una vez finalizado su opúsculo *El Príncipe*, reanudó inmediatamente su trabajo sobre los *Discursos* hasta terminarlos en 1519 (llevándole incluso más tiempo que *El Príncipe*) e inmediatamente después vuelva a otro tópico íntimamente vinculado a *El Príncipe*, que será el “Tratado sobre el Arte de la Guerra” (1519-1520). Ambas ideas, república y absolutismo, están constantemente presentes en él.

SU IDEA DE REPÚBLICA

En los *Discursos* Maquiavelo resalta las virtudes y bondades del sistema republicano, un sistema que se basa en la *participación popular*. Maquiavelo, al igual que los eruditos de su época, enaltecían la idea de república y sustentaban su entusiasmo en experiencias pasadas (la Roma republicana) como actuales (Florencia, Venecia, Génova). Podemos afirmar, entonces, que una vez logrado el objetivo primario, la constitución de un Estado-Nación que sólo puede lograrse a través de un príncipe, queda pendiente una tarea tan importante como la primera, precisamente la de mantener ese Estado. Para ello, y de acuerdo al Maquiavelo de los *Discursos*, “es preciso adoptar la forma republicana de gobierno, la única que permite evitar en el largo plazo la guerra civil o la tiranía, porque en ellas los ciudadanos desarrollan la *virtù* cívica” (SINGER 2001:361), y esta *virtù* en los ciudadanos se trasluce en la idea de participación. Así como la *virtù* del príncipe consiste en la habilidad y el coraje de tomar decisiones para lograr su objetivo, la *virtù* ciudadana consiste en la participación y, a través de ella, en la conservación de aquel objetivo. El príncipe constituye al Estado, y los ciudadanos lo conservan. Al permitir la participación, se evitan las guerras civiles y las sediciones y de esta manera, se contribuye a preservar la idea de libertad en aquella comunidad. En esta tarea

de conservación, la excelencia de las leyes será crucial, ya que éstas, dirá, “son la fuente de todas las virtudes cívicas” (SABINE 1996:276).

Estas ideas de participación y *virtù* están relacionadas con la idea de estabilidad política: “Maquiavelo explorará en *El Príncipe* y en los *Discorsi* las condiciones de estabilidad de los regímenes políticos: allí, la capacidad de un régimen – sea Príncipe o República – por hacer frente a los golpes de la Fortuna, tomará el nombre de *virtù*” (HILB 2000:130). El gobierno será más estable *si participa en él la mayoría* (SABINE 1996). Maquiavelo analiza en ambas obras dos elementos siempre presentes en las sociedades, el pueblo y la nobleza y sobre las estrategias a emplearse para mantenerlas unidas y, así, impedir la segregación o la sedición o, lo que es lo mismo, lograr equilibrio y estabilidad en el sistema²⁰.

Así como en *El Príncipe* Maquiavelo se proponía dos objetivos, uno personal (congraciarse con los Medicis) y otro altruista (lograr la unidad nacional), en los *Discursos* también se vislumbran dos objetivos: El primero será demostrar la utilidad de su método histórico, considerando a la historia como cíclica, y no lineal, escudriñar las causas y efectos de los acontecimientos pasados serviría para entender lo que sucedía en las repúblicas italianas de su tiempo. Su segundo objetivo era emotivo, nacionalista: rememorando la grandeza de Roma, destacando su espíritu cívico “lo que Maquiavelo perseguía era alentar a los Estados italianos a recuperar ese pasado grandioso y defenderse del acoso de las potencias europeas” (GARCÍA JURADO 1998:66). Maquiavelo desconoce el fundamento teológico de la sociedad y el poder que la Iglesia había logrado imponer como paradigma a lo largo de la edad media – no comparte la cosmovisión cristiana de la sociedad y de la historia (GARCÍA VENTURINI 1980:122).

Considera la fe como un medio, una herramienta a favor de los Estados y en tales condiciones es severo con los sacerdotes por haberlo disminuido e incluso arruinado (PRELOT 1971:246). En los *Discursos* culpa a la Iglesia de haber corrompido y destruido al Imperio Romano. Además, y muy fundamentalmente, porque la Iglesia, su príncipe (el Papa) y su Estado (los Estados Pontificios) constituían un gran óbice a la causa de la unidad italiana, porque el papado era, por un lado, demasiado débil para lograrla y mantenerla, y por otro, demasiado fuerte para tolerarla²¹. Así propugna por una “*Italia Unida, armada y sin*

²⁰ Véase *El Príncipe*, Cap. 9, y *Discursos*, Cap. 4 y 5, Libro I.

²¹ En los *Discursos* dará dos razones que justifican su crítica a la Iglesia: “La primera es que esta provincia [refiriéndose a Italia], a causa de los malos ejemplos de esa corte, ha perdido toda devoción y toda religión [...] Con la Iglesia y los sacerdotes, nosotros los italianos tenemos entonces esta primera deuda: habernos vuelto irreligiosos y malos. Pero aún tenemos otra mayor, segunda causa de nuestra ruina, y es que la iglesia ha tenido y tiene a este país dividido [...] residiendo aquí y teniendo aquí imperio temporal, no ha sido de tanta potencia ni de tanta virtud como para ejercer la tiranía de Italia y volverse su príncipe y, por otro lado, no ha sido tan débil

sacerdotes” (PRELOT 1980:246). Pero Maquiavelo no se muestra como un enemigo declarado de la religión, sino que parece creer en sus virtudes muy sinceramente, cuando resalta en los *Discursos* la unidad y bondad de los habitantes de un Estado, cuando sus gobernantes mantienen los fundamentos de la religión que en tal Estado se practicare (GARCÍA VENTURINI 1980). Sus críticas a la religión católica están en línea con su concepción de república: reniega de los sacerdotes por que han deformado el evangelio del cristianismo *verdadero*, que es, en su concepción, *cívico y guerrero*²².

CONCLUSIÓN

Para algunos autores Maquiavelo había resignado la idea de República para Italia. Sin embargo, en sus *Discursos* la República es la mejor forma de Gobierno y apela a ella reiteradamente cuando habla de la gloria de Roma (y la gloria de Roma se refiere a la Roma republicana, no a la monárquica o la imperial) y apela al Príncipe a retornar aquél momento de gloria; en los *Discursos* hará la misma apelación, pero esta vez al pueblo en general. Si unimos estas dos ideas, ¿no estaría Maquiavelo proponiendo la República para el futuro? No queda claro de sus escritos (al menos no es explícito en esto), pero sí es claro la incorporación de algunos elementos republicanos al Principado que ofrece a Lorenzo. Tal vez podríamos concluir que la república, o los elementos de ella, podrían ser incorporados una vez que se logre la unidad a través de un príncipe.

En las pocas referencias que hace sobre las repúblicas en *El Príncipe*, Maquiavelo nos deja con una sugestiva frase, enigmática y con final abierto: “En las repúblicas, en cambio, hay más vida, más odio, más ansias de venganza. El recuerdo de su antigua libertad no les concede, no puede concederles un solo momento de reposo. Hasta tal punto que el mejor camino es destruirlas o radicarse en ellas” (Cap. 5).

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

BAILONE, Giuseppe (2006) *Viaggio nella Filosofia Europea*. Torino: Alpina.

BAILONE, Giuseppe (2011) *Viaggio nella filosofia. Da Duns Scotto a Giordano Bruno*, Torino: Quaderni della Fondazione Università Popolare di Torino.

BIDART CAMPOS, Germán (1994) *Manual de Historia Política*, Buenos Aires: Ediar.

como para que, por temor a perder el dominio de las cosas temporales, no haya podido llamar a un poderoso que la defendiera contra el que en Italia se hubiera vuelto demasiado poderoso” (Cap. 12, págs. 93/92).

²² Atento y locuaz observador, Maquiavelo sin embargo no pudo predecir el importantísimo papel que cumpliría la religión en la política durante los siguientes dos siglos. Cuando Maquiavelo termina de escribir su pequeño opúsculo en 1513, en 1517 Lutero hacía público su desacuerdo con la Iglesia romana en sus 95 proposiciones y daba inicio a una época en la que la religión le marcaría nuevos rumbos a la política.

- BLACK, Robert (2011) “Notes on the date and genesis of Machiavelli’s *De principatibus*”, en Europe and Italy. Studies in honour of Giorgio Chittolini, Firenze: Firenze University Press.
- CHEVALLIER, Jean-Jaques (2006) *Las Grandes Obras Políticas desde Maquiavelo hasta nuestros días*, Bogotá: Temis.
- GALBRAITH, John Kenneth (1987) *Historia de la Economía*, Buenos Aires: Ariel.
- GAMBRA, Rafael (1999) *Historia Sencilla de la Filosofía*, Madrid: Rialp.
- GARCÍA JURADO, Roberto (1998) “Maquiavelo: Geometría de la República”, *Revista Estudios*, pp. 65-90.
- GARCÍA VENTURINI, Jorge (1980) *Politeia*, Buenos Aires: Editorial Troquel.
- HILB, Claudia (2000) “Maquiavelo, la república y la ‘virtú’” en VÁRNAGY, Tomás, *Fortuna y Virtud en la República Democrática. Ensayos sobre Maquiavelo*. Buenos Aires: CLACSO. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/maquiavelo/hilb.pdf>.
- LOCKE, John (2004), *Segundo Ensayo sobre el Gobierno Civil*, Buenos Aires: Ediciones del Libertador.
- MAQUIAVELO, Nicolás (2002) *El Príncipe*, Buenos Aires: Nogal.
- MAQUIAVELO, Nicolás (2004). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Buenos Aires: Losada.
- PRELOT, Marcel (1971) *Historia de las Ideas Políticas*, Buenos Aires: La Ley.
- RODRÍGUEZ VARELA, Alberto (2001) *Historia de las Ideas Políticas*, Buenos Aires: A-Z Editora.
- SABINE, George H (1996) *Historia de la Teoría Política*, México: Fondo de Cultura Económica.
- SINGER, André (2001) “Maquiavelo y el liberalismo: la necesidad de la República”, en BORON, Atilio, comp., *La filosofía política moderna. De Hobbes a Marx*, Buenos Aires: Eudeba, pp. 353-363.
- TOUCHARD, Jean (2001) *Historia de las Ideas Políticas*, Madrid: Tecnos.
- VERDROSS, Alfred (1962) *La Filosofía del Derecho del Mundo Occidental*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- VILLORO, Luis (1991) “Los dos discursos de Maquiavelo”, *Diánoia*, Vol. XXXVII, No. 37, pp. 119-132.-